



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 10.011

PREGIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Estranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empieza á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

VIERNES 15 DE MARZO DE 1895

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de pago.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Janss, Forbourg Montmartre, 31.

PARA HUERTAS Y JARDINES.

PUERTAS DE MUÑOCA, PLAZA DE CASTELLINI.

Azadones comunes, azadones estrechos para viñas, legones, palas, picos de hacha, picasas, plantadores, azadillas para jardín y azadillas sacadores de plantas, rastros de dientes, horquillas, tijeras para podar, guantes metálicos de malla, fuelles azufradores para viñas, arados, vertederas, grifos y válvulas, taponas para balsas, desgranadoras de maíz, bombas económicas y bombitas para jardín, juegos de herramientas de jardín para señoras y niños, espino artificial para valladas, bancos rústicos fijos, sillas y bancos plegadizos y mesitas para jardín.

Toda el instrumental es de acero y los precios son extremadamente económicos.

ROSAS Y LILAS

(COLABORACION INEDITA.)

Como siempre llegó el soñador á su solitario rincón y se aposentó bajo su árbol predilecto. La tiera municipal, entrando á saco por las espesuras de seto del Retiro, había ido echándose de todos los cuarteles al trocarlos en parterres puleros hasta obligarle á refugiarse en aquellas honduras por bajo de la estatua del Angel Caído. Allí leyendo á Becquer ó á Camposamor ó componiendo versos que recitaba en voz alta á los pájaros y á las hojas, pasábale las horas muertas feliz en el silencio que le rodeaba mientras allá arriba, en el paseo, repetía el sordo trépido de los coches. Alguna vez atisbábale los transeúntes manoteando y seguían riéndose de sus gestos. Nada veía el nostálgico. Atravesaba los furiosamente románticos veinte años de su vida y el pino que le prestaba su dosel no se hallaba en Madrid; se hallaba en la luna. Aquella mañana plácida sintase

el muchacho inspirado como nunca. Tal vez era ilusión suya, pero se le antojó que las hojas nuevas olían más que ningún día y que entre el follaje se advertía un alboroto inusitado. Misterios de un rayo de sol que empezaba á llenar de luz el rincón hasta entonces en sombra. Influido por el medio ambiente del lugar, el soñador sacó del bolsillo su tomo inseparable, hizole pupitre y comenzó á escribir versos en una cuartilla, recitándolos á toda voz según concluía cada estrofa.

Una de las veces oyó junto así un acedto suave de mujer que decía con entusiasmo: ¡Bravo! ¡Bravo!

El poeta se volvió con presteza y vió ante sus ojos contemplándole una extraña criatura que le arrancó un grito de asombro. La voz no mentía. Tratábase de una mujer, pero de una mujer extraordinariamente vestida ó hablando en puridad singularmente desahogada. No usaba otra ropa que una profusión de velos blancos finisimos cubriendo sus carnes y el abrigo natural de su cabellera blanca, suelta y resbalando por sus espaldas hasta la cintura. Entre las guedejas de oro llevaba prendida una lluvia de violetas y posado en el tál que sujetaba en hueco con una mano un montón de rosas tempranas. Su rostro era tan dulce y atractivo que no podía mirarse sin sonreírse.

¿Te gustan? exclamó el muchacho con timidez.

Tienen la vida de la juventud y pues me los dedicas á mí, quiero coronarte por ellas.

Y antes de que el muchacho se diera cuenta de lo que le acontecía la deidad le arrojó encima todas las rosas, aprovechándose de la estupefacción del mozo para escapar. Cuando el poeta quiso advertirlo ya no estaba ella en el rincón del árbol predilecto. Como un loco investigó entonces los alrededores. Nada... Ni el menor rastro. Había desaparecido.

II

Desesperado, jadeante, nervioso, á grandes zancadas se plantó en el paseo de coches; desierto. No era hora de concurrencia. A la carrera investigó las avenidas próximas á la estufa: ni un alma. Se había tragado la tierra á la deidad. Los pájaros cantando entre las hojas, el sol dibujando cenizas negras en la arena de las calles. De pronto, á lo lejos, vió algo que le llamó poderosamente la atención y que brillaba con haces de reflejos como si una constelación fuera por el paseo irradiando en pleno día. Echó á correr. Era una extraña carroza de oro tirada por cisnes blancos y negros enganchados con guarniciones de jacintos. Grave, de pie, iba una mujer arrogante vestida de tales, con el pelo suelto besado por la brisa. Era ella. ¡Ella! La que acababa de coronarle de rosas.

El romántico los alcanzó en un dos por tres, se cruzó en su camino y cual otro nuevo hidalgo manchego gritó cerrándole el paso.

—Quien quiera que seas, diosa inmortal, dímelo.

La deidad detuvo su extraño coche, miró al importuno con lástima y le replicó con una voz dulcísima:

—¿Pero tu corazón es ciego? Nada te dice de quién pueda ser yo? ¿Nada te han revelado hace poco mis palabras al coronarte?

El muchacho emudeció y se puso rojo como una amapola. ¿Era Venus? ¿Era Juno? ¿Era Minerva? Carcajada va y carcajada viene en la carroza y á todo esto cuantos pájaros había en el parque agrupados en aquellos árboles mirando á la diosa y alborotando con sus trinos. En el lugar en que se hallaba la desconocida, la luz resplandecía con más fuerza, las frondas parecían más verdes, se advertía un inmenso alboroto.

Al cabo la deidad se cansó, de pronto los cisnes levantaron el vuelo, la carroza se remontó también

como si echaran alas las ruedas, é inclinándose la deidad tomó del vehículo puñados de unas florecillas azuladas y un aguacero de lillas llovía sobre la cabeza del romántico.

—Eres un tentar díjole la deidad antes de remontarse.—Tu debías de saber antes que nadie quién soy yo; pero puesto que no me has conocido, no te lo revelo. Vente por aquí el día 20 y lo averiguarás cuando el Vólgo, cuando los guardas.

El poeta no tuvo tiempo de nada; cuando quiso volver en sí había desaparecido la deidad. Apenas en su casa cogió febril el almanaque y buscó con ansia el día 20.

—¡Ah me! exclamó entonces Ya sé quién era. ¡Claro! No podía darse á conocer. Estaba de incógnito para todo el mundo menos para los poetas y los pájaros. ¡Era la Primavera!

Alfonso Pérez Nieva.

(Prohibida la reproducción.)

Flores y espinas

(Colaboración inédita.)

Cuando de Dios, admiro la grandeza mi espíritu parece anonadado, y en tanto el corazón siento alliviado imagino que está en mi cabeza.

Morir? ¡La dicha mayor de quien vive en el martirio! Vivir? ¡El grato delirio para el que muere de amor!

Cuando á este mundo venimos de la NADA procedemos, así es, que cuando morimos, en NADA nos convertimos y á la NADA nos volvemos.

Recuerdos de mi pasado dan nueva vida al delirio en que yacía torturado para no quedar clavado á la cruz de mi martirio.

Que solo en tal sepultura

crezcan flores de quebranto, regadas por la amargura. Esa será la más pura ofrenda del camponero.

Dadme un grano de linóleo, dos átomos de Placer y quince de Abnegación; y desta composición resultará la mujer.

¡Madre! Nombre virginal ¡Madre! Ofrenda de amor puro, ¡Madre! Grito universal ¡Madre! Tu voz celestial me enamora, te lo juro.

¿Por qué te hallo tan divina, si te espantara desahogada? ¿Porque, hechicera, Me llamas odio en mi pecho gemina: si tu amorosa amorosa?

A todos admiró tu belleza, nadie pudo dudar que fueras hermosa, mas por tu persona al preguntarme de si te amaría: ¡Eres, de verdad, Adoración, Carnal y Fugosa.

(Prohibida la reproducción.)

VARIEDADES

Es una letra primaveral son letras la cuatro, cinco y el trece, porque me llenaba de terror. Tiene el ave feroz, cuando que es también un animal, siendo prima-dos-trés-cuadró un silvestre vegetal.

FUGA DE CONSONANTES
O. E. A. S. P. R. T. N. D. L. C. G. B. V. M. Y. F. X. Z. H. J. K. Q. U. W. G. O. U. A. P. A.

JOS
Soluciones al número anterior
A la última: Dolor.

EL HILO DEL DESTINO. 347

346 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

con sus sempiternas espuelas y botas de montar; y esparcidos aquí y allí en diversos grupos el resto de los convidados.

En un extremo de la sala se hallaba sentado Pablo Angelis, separado de todos los grupos, porque siempre retirado de la sociedad, no era muy extenso el número de sus conocidos, y porque además, allí solo concentrado en sus pensamientos podía más libremente entregarse á las dulces ilusiones de otro ensueño que había de efectuarse algún día, no muy lejano, cuyo cumplimiento había de poner el colmo á su felicidad.

Por el ancillo Astorga, destinado á echarlo todo á perder, ó mejor dicho, á descomponer casi siempre todos los planes agendados. A pesar de su bondad, no le dejó mucho tiempo gozar de su soliloquio delirante.

Apenas lo divisó fué á él.

—Pablo—exclamó con la mayor sorpresa en sus oídos—¿cuánto tiempo que no te veo, y eso que te recuerdo de que estábamos mucho tiempo en tu casa varias veces, pero siempre me he hallado fuera. Por lo visto solo este trueno gordo hubiera podido sacarte de tus casillas—agregó sonriendo.—¿Quién hubiera pensado que ese demonio de Molina se casara... pero, en fin, Dios los haga felices.

¿Quién lo hubiera pensado en su edad ya avanzada, en su acendrada experiencia, en su alma pervertida, y en decantado y reconocido cinismo!

Y Julia tal vez era la única mujer que en el catálogo de sus amantes le otorgase un sentimiento que rara vez halla el inspirado: el desprecio....

Muchos días antes del fijado para la boda, estaban convidados los que deberían presenciarla, figurando en primera línea el opulento conde de Bonavides, su esposa, Fernando Carvajal y Lara, el predilecto Angelis, que Julia había tenido un empeño particular en hacer testigo del acontecimiento, Astorga, y después los demás amigos y conocidos de ambos contrayentes.

Llegó por fin el anhelado día, y dió el reloj la deseada hora para celebrar la ceremonia.

Eran las ocho. Se hallaban ya reunidos en casa de Julia, y en su sala, en primer término, su padre, anciano y paraltico, casi ciego y que por primera vez, hacía años, venía á ocupar el lugar correspondiente en la presencia de su hijo; junto á éste el conde de Bonavides, y á su derecha Carvajal.

Cada cual de ellos representando su papel de testigo, ocupaban los sitios de preferencia. Más lejos velase á la condesa con Lara, y Astorga



CAPITULO XIX

El conde de Bonavides, que había sido el primero en casarse con la mujer, que había sido la única de los tres en casarse, y bajo que distintos aspectos podía haberse casado... Y sin embargo, con su cuantiosa herencia, con su reconocimiento de la vida que había dado, se casaban frecuentemente estas uniones, que había dado que debiera ser una felicidad, la más irremediable